

vados y las costas difíciles, fué el buen emperador Carlomagno, el de la barba florida, quien con sus doce pares conquistó las ciudades y fundó castillos y monasterios. De aquí que en Cataluña quedase, solo y señero en las Españas, algo del espíritu caballeresco y feudal del centro de Europa, y que sus leyendas tengan un dulce sabor a las canciones de los «minnesinger», que corrían las selvas y los castillos del Imperio».

Pero el condado se asomaba al mar latino por puertos que habían sido, visitados ya por comerciantes fenicios y griegos, por naves de Cartago y de Roma. Barcelona era el principal de estos puertos, y en él establecieron su corte los condes-reyes de Aragón. Y la ciudad vino a ser cabeza de un Imperio, que integraban tierras de cultura viejísima, tierras de olivares y de viñedos que llegan hasta el mar; de quintas blancas con huertos de cipreses y ciudades con plazas fortificadas; Provenza, vivero de trovadores; Mallorca, la isla dorada de las profundas ensenadas azules; Sicilia y Nápoles. Hasta en la cima de la Acrópolis, sobre la serenidad augusta del Partenón, flameó la señera de gules y de oro. Barcelona era el Imperio comercial y guerrero que dominaba el Mediterráneo con el ardimiento de sus soldados y la astucia de sus mercaderes. Era la ciudad gentil, reclinada en las colinas, a la vera del mar, escuchando el plácido rumor de las atarazanas del puerto, donde cada día se lanzaba un navío a sortear los riesgos de los piratas-árgelinos. Dentro de las murallas, los palacios del señor-rey eran morada de toda la gentileza, y en las casas de los caballeros y de los mercaderes lucía la gracia de los ventanales de finos manes. Los conventos eran innumerables y por todas partes se erguían los prismas de sus campanarios. Los menestrales se repartían en gremios de todo género de obrajes, y en los días de fiesta hacían su alarde con la precisión marcial de un gran ejército.

Esta ciudad trabajadora, caballeresca y novelera vió desfilarse un día al Almirante genovés, que venía por la calle que rodea la Catedral

hasta la plaza del Rey a presentarse ante Fernando e Isabel, con sus indios y sus papagayos, para ofrecerles un Nuevo Mundo: el mundo que anunciaban los versos de Séneca más allá de la última Thule, y que pudo ser descubierto por la pericia secular de los marinos y de los cartógrafos mediterráneos, acumulada en Cristóbal Colón. Cuando el Imperio hispánico se constituyó, Barcelona le enseñó las rutas de Italia. Carlos V, «el más principal hombre que ha habido y habrá», la amó con predilección, y en ella se pasó revista a las tropas que se alistaban para la empresa de Túnez. En su puerto se congregaron las galeras españolas de Lepanto, bajo la mirada de don Juan de Austria, que soñó en pasar sus años postreros como ermitaño de Nuestra Señora de Montserrat.

En la playa de Barcelona, Don Quijote visitó las galeras de España, y en sus arenas tuvo lugar la última gesta de sus caballerías: su combate con el Caballero de la Blanca Luna. En estos mismos lugares, otro caballero español, el virrey conde de Santa Coloma, vió con sus ojos, nublados por la agonía, cómo huían las galeras que llevaban en su proa las armas reales.

Pero España vuelve siempre. Y volvió con el segundo don Juan de Austria, y ha vuelto con los soldados de Franco a esparcir por la ciudad vieja de las iglesias y de los palacios, de las humildes tendueles, por las avenidas triunfales de la urbe nueva, sus alegres cantares de amor y de paz. Y ya nadie podrá sembrar en Barcelona su negra semilla de rencores, porque ahora España, como en los tiempos de Carlos V, ha sabido ofrecer a Cataluña un inmenso ideal colectivo, una gran tarea común. Barcelona, la ciudad de los mercaderes y de los caballeros, se ha dejado siempre enamorar de los ideales nobles y generosos.»

Fué inaugurado el Consejo con una Misa en la Basílica de la Merced, y después, en la sala del Consejo de Ciento de la Diputación de Barcelona, por el Presidente de la Junta Política, Ramón Serrano Súñer, con un trascendental dis-